



Edvard Radzinsky

# Rasputín

Los archivos secretos

CRÍTICA

Edvard Radzinsky

# Rasputín

Los archivos secretos

Traducción castellana de  
Silvia Furió

ARES *y* MARES

**ARES y MARES**  
es una marca editorial dirigida por  
Carmen Esteban

Primera edición en tapa dura: enero de 2003

Primera edición en rústica: abril de 2012

Primera edición en esta nueva presentación: marzo de 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Rasputin File*

© Edvard Radzinsky, 2000

© de la traducción, Silvia Furió, 2003

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-501-2

Depósito legal: B. 1.410-2023

2023. Impreso y encuadernado en España



## EL EXPEDIENTE: EN BUSCA DE DOCUMENTOS

### EL BAILE DE LA PRISIÓN

**H**ACÍA TIEMPO QUE SABÍA QUE EL EXPEDIENTE TENÍA QUE EXISTIR. Estaba convencido de que sólo después de encontrarlo todas aquellas preguntas tendrían respuesta.

En los años setenta, mientras escribía mi libro sobre Nicolás, tuve ocasión de ver los papeles de la Comisión Extraordinaria del Gobierno Provisional.

En marzo de 1917, tras la abdicación de Nicolás y el triunfo de la revolución de Febrero, las celdas de aislamiento de la fortaleza de Pedro y Pablo estaban abarrotadas. Fueron entregados a la Bastilla rusa, donde durante el reinado del zar fueron encarcelados los disidentes políticos, aquellos que los habían encerrado allí, los que poco antes habían controlado los destinos de Rusia. Los primeros ministros zaristas, Stürmer y Golitsyn; el ministro de Interior, Protopópov; el jefe del infame Departamento de Policía, Beletsky y su sustituto Alexis Vasiliev; el anciano ministro de la Corte, conde Fredericks; el presidente del Consejo de Estado, Schlegovitov; el gobernador de palacio Voeikov; la íntima amiga de la zarina, Anna Vyrubova; y así una larga lista. En pocas palabras, la alta sociedad. De manera que las húmedas celdas de la fortaleza, expuestas a constantes inundaciones, parecían más bien un distinguido baile en el palacio de Invierno.

El 4 de marzo de 1917, el Gobierno Provisional constituyó la Comisión Extraordinaria de Inspección para la Investigación de Actos Ilegales por parte de los Ministros y Otras Personas Responsables del Régimen

Zarista. Así, desde la fortaleza de Pedro y Pablo enviaban a los ministros para ser interrogados al palacio de Invierno, tan familiar para ellos; allí, donde hacía muy poco tiempo estaban ellos cubiertos de medallas y bandadas se había instalado la Comisión Extraordinaria. Otras veces los instructores de la Comisión se dirigían a la fortaleza para proseguir con sus interrogatorios cuyas transcripciones fueron descifradas y redactadas. El poeta más célebre de Rusia, el famoso Alexander Blok, realizó esta labor. En sus anotaciones describe el ambiente de los interrogatorios y el aspecto del palacio de Invierno con su sala del trono vacía, «donde toda la tapicería de las paredes había sido arrancada y el trono trasladado, ya que los soldados querían destruirlo».

Las transcripciones de los interrogatorios se prepararon y revisaron para ser publicadas. Según los planes de la Comisión, se suponía que toda Rusia debía enterarse de lo que sucedió entre bastidores en el misterioso Tsarskoe Selo, desde donde el zar y la zarina gobernaron Rusia. Sobre la base de esta información, se esperaba que el futuro primer Parlamento ruso decidiese de los destinos del zar, la zarina y los ministros, es decir, de las personas que hacía cuatro días habían gobernado Rusia. Una de las principales incógnitas hacía referencia al semianalfabeto campesino ruso Grigori Rasputín.

### SECCIÓN DECIMOTERCERA

El Consejo ejecutivo de la Comisión y sus veintisiete equipos de investigación llevaron a cabo continuos interrogatorios a sus distinguidos prisioneros desde marzo de 1917 hasta el golpe de Estado bolchevique del mes de octubre.

Un equipo especial de investigación que llevaba el significativo nombre de Sección Decimotercera se encargaba específicamente de «inspeccionar la actividad de las fuerzas oscuras». En la jerga política de la época, las «fuerzas oscuras» eran Rasputín, la zarina y sus más íntimos allegados. La verdadera sustancia del trabajo encomendado a la Sección Decimotercera fue averiguar la influencia de las «fuerzas oscuras», a través de Rasputín, sobre el zar Nicolás II en lo relativo al gobierno del Estado.

El jefe de dicha sección era un tal F. P. Simpson, antiguo presidente del Tribunal de Apelación Provincial de Jarkóv. Los interrogatorios fue-

ron llevados a cabo por varios instructores: dos personas con el mismo apellido, Vladimir y Tikhon Rudnév y Grigori Girchich. También éstos habían sido destinados a la Comisión procedentes de tribunales provinciales, como garantía de que no tenían relación alguna con la anterior camarilla de Gobierno de la capital, ahora sometida a examen.

En ese momento se produjo el golpe de Estado de octubre de 1917. Los bolcheviques, que habían tomado el poder, acabaron con el Gobierno Provisional. Los que el día anterior eran ministros en aquel Gobierno fueron conducidos a las mismas celdas de la fortaleza de Pedro y Pablo donde fueron saludados, no sin humor, por los ministros zaristas que ellos mismos habían encarcelado. Los bolcheviques, por su parte, abolieron también la Comisión Extraordinaria.

Sin embargo, en 1927, en el décimo aniversario de la revolución, los propios bolcheviques decidieron editar parte de los interrogatorios de los ministros zaristas más importantes. Es de suponer que la publicación perseguía un fin ideológico, es decir, debía demostrar la «senilidad» del régimen zarista controlado por aquel campesino ignorante y depravado que era Grigori Rasputín.

Por aquel entonces, Alexander Blok, que trabajaba en la estenografía, había muerto. La impresión de las transcripciones fue supervisada por uno de los miembros más célebres de la Comisión Extraordinaria, P. Schyogolev, que aceptó colaborar con los bolcheviques.

Antes de la Revolución, Schyogolev había sido editor de la revista *Biloie* («Antaño»). Una publicación «de talante enteramente revolucionario», que más de una vez fue cerrada por las autoridades zaristas. Lev Tolstói dijo que «si yo hubiera sido joven, habría empuñado un revólver en cada mano después de leer *Biloie*». A causa de su revista tuvo que soportar los rigores de una celda en la fortaleza de Pedro y Pablo, donde finalmente él mismo interrogaría a los ministros zaristas que le habían encarcelado. Pero tras el acceso al poder de los bolcheviques, el antaño incorruptible Schyogolev cambió por completo y se integró en el régimen bolchevique. Las malas lenguas afirmaban que en su apartamento guardaba montones de documentos y mobiliario del palacio de Invierno.

Todo lo que Schyogolev publicó a partir de la ingente cantidad de material obtenido de los interrogatorios fueron siete libritos titulados *Actas de la investigación de la Comisión Extraordinaria*; durante muchos

años esos penosos volúmenes fueron la principal base documental para todos los libros escritos acerca de Rasputín.

Cuatro décadas más tarde, en 1964, otro documento sensacional sobre Rasputín, procedente del legado de la Comisión Extraordinaria, vino a añadirse a aquellos volúmenes. Tras la aparición de este material comenzó mi búsqueda del Expediente.

### EL EXPEDIENTE DESAPARECIDO

En 1964 el periódico *Temas de Historia* publicó un número sensacional que en la época fue leído con avidez no sólo por los historiadores. En él aparecía impresa por primera vez la «Resolución del investigador F. Simpson de la Comisión Extraordinaria respecto a las actividades de Rasputín y sus colegas más allegados y su influencia sobre Nicolás II en lo relativo al gobierno del Estado», un documento que hasta entonces había permanecido guardado en un depósito secreto del archivo de la revolución de Octubre.

La «Resolución» era un resumen de los esfuerzos de la Sección Decimotercera por clarificar el papel desempeñado por Rasputín.

Leí la publicación más tarde, cuando comenzaba a trabajar en mi libro sobre Nicolás II. La «Resolución» me causó una gran impresión. En su conclusión Simpson citaba profusamente los testimonios de las personas pertenecientes al círculo más íntimo de Rasputín: su editor Filipov; su amigo Sazonov, en cuyo apartamento había vivido Rasputín y con cuya mujer había mantenido relaciones íntimas; la famosa María Golóvina, una verdadera adoradora de Rasputín que se convirtió en causa involuntaria de su muerte; las prostitutas de Petersburgo con las que Rasputín mantenía estrechas relaciones; y los admiradores que sucumbieron a su hipnótica influencia.

Naturalmente, enseguida empecé a buscar aquellos testimonios en las *Actas* publicadas por Schyogolev. Como era de esperar, no encontré nada, ya que se trataba de testimonios de personas favorables a Rasputín. Su punto de vista era absolutamente inaceptable para Schyogolev, y obviamente no incluyó sus opiniones.

En realidad, las citas de los testigos que Simpson incluyó en su informe cambiaban muy poco las cosas, puesto que en su «Resolución»

trataba ante todo de defender el mismo punto de vista que Schyogolev anticipaba en su publicación.

La «Resolución» esbozaba la misma imagen de un tosco y depravado campesino obnubilado por la embriaguez y el libertinaje que gobernaba tanto a la familia real como a los ministros corruptos, que aceptaban servirle en calidad de favorito.

¿Era ésta toda la verdad de las declaraciones obtenidas por la Sección Decimotercera? Tenía buenas razones para dudarlo; ya entonces conocía la profunda disensión que existía en el seno de la propia Comisión. Uno de los principales investigadores de la Sección Decimotercera, Vladimir Rudnév, llegó incluso a dimitir en señal de protesta. Después de haber emigrado, escribió sus razones: «En agosto de 1917, presenté una petición para que se me eximiese de mis deberes ante las presiones del presidente de la Comisión, Muravyov, incitándome ostensiblemente a la parcialidad».

Entonces resolví llevar a cabo algo hartamente difícil en aquellos tiempos: acudir al archivo yo mismo y leer las declaraciones que Simpson citaba de forma tan tendenciosa.

No relataré mis esfuerzos para reunir todos los papeles oficiales necesarios y acceder así a los documentos de la Comisión Extraordinaria. Ni cuán inútiles resultaron ser todos aquellos papeles. Ni cómo lo único que en realidad me ayudó fue mi posición de dramaturgo de moda, de escritor de obras cuyas producciones eran casi imposibles de realizar en aquella época, y de guionista de una película que en aquellos momentos gozaba de gran éxito. Baste con decir que finalmente logré acceder al archivo de la Comisión Extraordinaria.

Cuál no sería mi sorpresa al comprobar que allí no figuraba ninguno de los testimonios citados por Simpson. Los documentos habían desaparecido.

Era muy probable que aquellos documentos fueran los más interesantes. Representaban el testimonio de personas que frecuentaron diariamente a Rasputín, y de otras que por alguna razón habían aceptado servirle con devoción. Quizá allí se encontrase la solución al enigma; quizá allí estuviese oculto el auténtico retrato de aquel misterioso personaje.

Denominé Expediente a los documentos desaparecidos, así comenzó mi búsqueda.

## EL ESCRITOR GRIGORI RASPUTÍN

Finalmente encontré el expediente, más bien penoso, del propio Rasputín en el archivo de la Comisión.

Primero estaban sus famosos telegramas dirigidos al zar y a la zarina. Celosamente conservados por esta última hasta la Revolución, fueron confiscados por la Comisión Extraordinaria y ampliamente divulgados en diversas publicaciones.

Hallé también algunos misteriosos telegramas, todavía inéditos, enviados desde Tsarskoe Selo a Rasputín con la firma «Cariño» (*dushka*). A éstos volveremos más tarde, ya que arrojaban una nueva luz sobre las relaciones entre Rasputín y la zarina.

Asimismo se conservaban en el archivo las obras del propio Rasputín. La de mayor consistencia y más sorprendente de todas, la *Yitie opitnovo stranniká* («Vida de un vagabundo experimentado»), se editó después de su muerte. Las otras tres sí se publicaron: *Velikie torjestva v Kieve* («Grandes festejos en Kiev») (fue durante dichos festejos cuando el primer ministro Stolypin fue asesinado), *Blagochestivie rasmishleniia* («Meditaciones piadosas») (una serie de homilías), y *Maí misli i rasmishleniia* («Mis pensamientos y reflexiones») (un relato del viaje de Rasputín a Jerusalén).

Estos documentos, en concreto, eran transcripciones: el semianalfabeto Rasputín hablaba y alguien tomaba nota de sus palabras y tomaba nota con afecto. Más adelante volveremos a estos sorprendentes transcripores, más exactamente transcriptoras.

Después de la Revolución, todos los escritos de Rasputín publicados hasta entonces fueron eliminados de las bibliotecas públicas y trasladados a depósitos cerrados. Es muy difícil apreciar el encanto de sus libros en una traducción, pues encierran un mundo especial, ingenuo y hermoso, parecido a las pinturas de los primitivistas. Por desgracia, su poderoso y a la vez tierno ruso antiguo desaparece en la traducción. Haría falta un poeta para traducirlo.

Puedo imaginar la fascinación que experimentaban quienes escuchaban aquel lenguaje, y contemplaban los penetrantes ojos lupinos y las electrizantes manos con las que solía rozar suavemente a su interlocutor mientras conversaba.

## EL DIARIO INÉDITO DE RASPUTÍN

Luego encontré el «diario» de Rasputín en el archivo. Llevaba como subtítulo, «Escrito al dictado. Kramer, L. P.».

¡El diario inédito de Rasputín! ¡Qué suerte! Era como si todos los personajes de las *Actas de la Comisión Extraordinaria* de Schyogolev hubieran salido de sus páginas. ¡Muchas de las historias del diario, así como sus héroes, coincidían con lo que había leído en las *Actas*! Sin embargo... cuanto más leía el diario, más disminuía mi entusiasmo. Todo lo que la erudición histórica de los bolcheviques intentó demostrar en su tiempo, la depravación del anciano, la venalidad de la alta sociedad de Petersburgo, la patética necesidad del zar, estaba contenido en el diario.

Aquí tenemos a Rasputín instruyendo al zar, «golpeando con el puño», y explicando al necio autócrata el enigma del pueblo ruso: «¿Cómo pensáis enseñar al campesino? ¿Por el culo? Queréis arrancarle el culo, pero esto acrecentará la ira en su cabeza». «Con los zares», explica Rasputín, «hay que utilizar el alma, no la razón ... Él no entiende de razones, pero teme al alma.» En este otro punto vemos cómo domina a la sumisa zarina: ha decidido firmar la paz con Alemania y la zarina se arrodilla con reverencia ante él prometiendo cumplir sus deseos. También encontramos, por supuesto, sus incesantes desmanes con la «podrida aristocracia»: «Mamá [la zarina] me llevó a casa de Kusija [de la baronesa Kúsova] en Pávlovsk ... La esposa del general V. también estaba allí. Las dos se pegan a mí como moscas. Ella misma se pega a mí y luego tiene miedo de que alguien se entere».

Evidentemente, todo aquello no era más que una tosca falsificación ideológica. No sin motivo en el subtítulo «escrito al dictado», alguien había añadido en lápiz la palabra, «como»: «Como escrito al dictado».

A mi modo de ver, no resulta difícil identificar al autor de la falsificación. Pues el autor (o autores) era ya harto conocido por haber perpetrado otra falsificación que en su día gozó de un éxito espectacular entre sus lectores.

## EL «CONDE ROJO» Y LOS FALSOS DIARIOS

En 1927, en el décimo aniversario de la caída del zar, la revista *El Pasado* comenzó a publicar el diario de Vyubova. Toda Rusia se estremeció con su lectura, pues revelaba secretos y detalles muy íntimos acerca de la desintegración de la familia real y del régimen que hasta hacía poco gobernaba el país.

No tardaron en circular rumores de que Vyubova no había tenido nada que ver con la edición. Entre los nombres de los posibles autores de la entretenida falsificación figuraban dos conocidos personajes: el editor de las *Actas de la Comisión Extraordinaria*, P. Schyogolev, y el célebre escritor conde Alexei Tolstói (el «Conde Rojo», como se le conocía en Moscú), un activo colaborador bolchevique.

Schyogolev y Tolstói ya habían escrito en colaboración una obra de ideas muy similares: *La conspiración de la emperatriz*, sobre el intento de Rasputín de llevar a cabo una revolución en palacio e instalar a la zarina a la cabeza del país. La obra obtuvo un notable éxito y fue representada simultáneamente en seis de los mayores teatros de Moscú y Leningrado.

Y en 1927, en dicho décimo aniversario, evidentemente hubiera sido imposible realizar una poderosa campaña ideológica desacreditando el zarismo sin la ayuda de Schyogolev y el conde Rojo. Tampoco se hubiera podido prescindir de la campaña en sí; se trataba, para utilizar una expresión de la época, de un «imperativo social». Schyogolev, como editor de las *Actas*, consiguió el material, mientras que el Conde se ocupó de la escritura. De este modo, el falso diario de Vyubova hizo su aparición. El enorme éxito obtenido exigía que la obra continuase. El diario de Rasputín pretendía ser una especie de secuela del de Vyubova. Así pues, como en la creación del diario de Vyubova y de *La conspiración de la emperatriz*, Schyogolev proporcionó al Conde Rojo detalles históricos extraídos de las *Actas* publicadas y, sobre todo, del material inédito. No obstante, gracias al extremadamente sociable y a menudo ebrio Conde Rojo, la historia de la falsificación Vyubova salió a la luz. Era inútil pensar siquiera en publicar una segunda entrega, y la idea fue descartada. Schyogolev, que al parecer tenía debilidad por los engaños literarios, entregó el diario de Rasputín al archivo, pero en los años treinta el tema del zarismo ya no interesaba al pueblo. Por

tanto, el diario quedó olvidado acumulando polvo en el archivo de la Comisión.

### EL OJO VIGILANTE DE LA POLICÍA

Probablemente, los documentos pertenecientes a Rasputín más entretenidos que leí en aquella época, en el archivo de la Comisión, fueron los volúmenes de los informes policiales realizados por los agentes encargados de vigilarle. Aquellos agentes de «vigilancia externa» tenían que escribir un informe diario de todos los movimientos de Rasputín por la ciudad. Intentaron describir a los innumerables visitantes que acudían a su apartamento. Anotaron cuándo Rasputín se ausentaba de sus aposentos, a qué horas regresaba, adónde iba y con quién se encontraba por el camino. Ninguna otra figura pública fue objeto de tan detallada descripción de su vida a lo largo de los años como aquel semianalfabeto campesino llamado Grigori Rasputín. Pero los volúmenes que quedaron en el archivo no eran más que un vestigio. Parte de la documentación obtenida de la vigilancia desapareció durante la revolución de Febrero, cuando ardió por completo el cuartel general del Departamento de la Policía secreta del zar; parte fue destruida por los propios agentes, puesto que también ellos figuraban entre los visitantes de Rasputín y éste entre sus invitados. Tal como testificó el antiguo ministro de Interior Jvostóv ante la Comisión Extraordinaria: «Cuando me retiré del servicio, Stürmer [el primer ministro] se llevó los documentos a su oficina, especialmente los relativos a Rasputín ... [ya que] el principal interés radicaba en él. Todo ardió al instante». Aunque los informes que han sobrevivido revelan el desenfrenado mosaico de los días de Rasputín, las visitas a los restaurantes y a las cantantes cingaras, las reuniones con los ministros, las arriesgadas escenas en su cocina de las que los agentes estaban al tanto gracias a la ausencia de cortinas, y el variado abanico de visitantes a su apartamento: rameras, duquesas, banqueros, conspiradores, piadosas damas admiradoras y prostitutas caras. La policía dejó constancia de todo: sus nombres, las horas de llegada y su salida a la mañana siguiente después de pasar una noche con el campesino.

## OTRO «DIARIO» DE RASPUTÍN

Sin embargo, el Expediente desaparecido de los que conocieron bien a Rasputín nunca abandonó mis pensamientos.

Tras el inicio de la *Perestroika* reanudé mis pesquisas. A principios de los años noventa realicé una minuciosa búsqueda en Petersburgo; el único documento relativo a Rasputín conservado en el Archivo Histórico Estatal, ubicado en los antaños lujosos edificios del antiguo Senado y Sínodo (donde, como veremos, se reunían al mismo tiempo aquellos que habían sido nombrados para los distintos cuerpos por el propio campesino), era una pequeña libreta escolar con un retrato de Pushkin y la semianalfabeta inscripción, «Diario». Su descubrimiento en la década de 1990 provocó un alud de artículos en los principales periódicos del mundo. ¡Se había descubierto el «diario» de Rasputín! Pero lo cierto es que Rasputín, a quien como a todos los campesinos semianalfabetos le encantaba escribir, sólo consiguió garabatear unas pocas reflexiones. Evidentemente, utilizó el término «diario» porque sonaba importante, ya que sabía que tanto el zar como la zarina también los llevaban.

Finalmente, en el antiguo Museo de la Revolución, en la villa de la bailarina Mathilde Kschessinska, amante del joven Nicolás, descubrí algo que recientemente había causado sensación: las fotografías del expediente, descubiertas en los noventa, procedentes de la pesquisa policial realizada tras el asesinato de Rasputín. Había una vista del patio del palacio Yusúpov que Rasputín atravesó, a toda prisa, una noche de diciembre de 1916 mientras trataba de huir de sus asesinos. Encontré fotografías de su cadáver después de haber sido recuperado del río, de su rostro mutilado y de su cuerpo desnudo con orificios de bala. Averigüé que el informe sobre la autopsia de Rasputín estuvo en la década de 1930 en manos de la Academia de Medicina Militar y que de repente desapareció. De hecho, no sólo se perdieron los documentos. Al poco tiempo varios de los ayudantes en la investigación que habían visto el informe de la autopsia desaparecieron también. Era la época del terror estalinista. Cierto, desenterré un documento oficial relativo a la exhumación e incineración del cuerpo del anciano después de la Revolución. A pesar de todo, no encontré vestigio alguno de los documentos elaborados por la Sección Decimotercera; ni rastro del Expediente.

## LA BÚSQUEDA DE DOCUMENTACIÓN

A principios de los años noventa se publicó en Rusia mi libro sobre Nicolás II. Por no tener aún el Expediente, fui extremadamente circunspecto acerca de Rasputín. Soy también presentador del popular programa de la televisión rusa, *Los enigmas de la Historia*. Después del libro sobre Nicolás II, me llegó una avalancha de cartas que me pedían que escribiese uno sobre Rasputín. Decidí dedicar dos programas a su muerte.

Para ello intenté recavar todo tipo de información sobre dicho personaje. Recordé un manuscrito que había visto en el Archivo de Arte y Literatura cuando todavía era un estudiante. Hasta la fecha, las «Memorias de Zhukovskaya» todavía no se han publicado en su totalidad en Occidente.

Vera Alexandrovna Zhukovskaya (emparentada con el famoso científico N. E. Zhukovsky) era una joven escritora, pero el implacable erotismo de sus memorias me hizo sospechar que pudiera tratarse simplemente de una astuta invención y que nunca hubiera visitado realmente a Rasputín.

El vehemente deseo de verificar su autenticidad me recordó una vez más el Expediente. Como la propia Zhukovskaya escribió, fue un tal Alexander Prugavin quien le facilitó el acceso al anciano. En tiempos de Rasputín el suyo era un nombre famoso, siendo uno de los más eminentes expertos en sectarismo ruso. Además, Zhukovskaya insistía en que fue ella la que llevó a Prugavin a visitar a Rasputín, y que Prugavin escribió un relato basado en sus historias sobre los encuentros con Rasputín. Así pude verificar fácilmente toda la historia. Después de todo, el testimonio de Prugavin acerca de Rasputín se citaba en la «Resolución» de Simpson, lo cual significaba que también ella se encontraba en el Expediente. Tenía que encontrarlo.

## «UN INMENSO MONTÓN DE CENIZAS»

En la época en la que estaba trabajando en el programa, pensaba en los papeles de Vyrubova. Algunas transcripciones de sus interrogatorios fueron incluidas en las *Actas* publicadas por Schyogolev. Probablemen-

te había más, pues, como había afirmado el instructor Rudnév, la Sección Investigadora Decimotercera «llevó a cabo un escrutinio especial» de las actividades de la íntima amiga de la zarina y principal admiradora del anciano.

Tras la muerte de Rasputín, Vyrubova residió con la familia real en el palacio Alexander en Tsarskoe Selo. Hacia finales de febrero de 1917, cuando las multitudes rebeldes ocupaban ya las calles de la ciudad, el heredero forzoso y las cuatro grandes duquesas enfermaron de sarampión. Vyrubova se contagió y yacía inconsciente. Cayó enferma siendo la amiga de la mujer más poderosa de Rusia y despertó en un palacio no solamente asediado sino irremediablemente ahogado en un mar de revolución. El palacio quedó inmerso en la oscuridad, el ascensor ya no funcionaba y la zarina se movía apresurada entre sus pacientes. Sin embargo, tan pronto como Vyrubova recuperó la conciencia, ella y la zarina se lanzaron a la tarea de quemar documentos. A finales de marzo Vyrubova fue arrestada y conducida ante la Comisión Extraordinaria.

En su testimonio publicado en las *Actas*, a la pregunta de los investigadores de «por qué había quemado tantos documentos», Vyrubova respondió: «No quemé casi nada, sólo unas cuantas cartas recientes de la emperatriz, puesto que no quería que cayeran en malas manos». Y yo la creía. Quizá realmente había escondido los documentos más importantes. Después de todo, ¿no había conservado las cartas de la zarina escritas durante el posterior encarcelamiento de la familia real en Tobolsk, a pesar de la insistencia de Alix en que las quemase? Y si de verdad había escondido aquellas cartas, ¿no era también posible que se las hubiese llevado consigo la noche en que huyó de la Rusia roja rumbo a Finlandia atravesando el traicionero hielo del golfo?

Vyrubova murió plácidamente en Finlandia en 1964. Fue una de las pocas personas íntimas de la familia real que pudo escapar sana y salva. En los Archivos Nacionales de Helsinki me enseñaron el dossier policial de Vyrubova que incluía el interrogatorio llevado a cabo por las autoridades finlandesas tras su aparición en un campo de refugiados en la ciudad de Terioki. Los finlandeses comprendieron la importancia de su testimonio. Tal como reza en el Expediente: «esta declaración del campo de internamiento ha de ser enviada al primer ministro y al presidente».

Pero Vyrubova no tenía nada nuevo que contar. Sus respuestas eran una escrupulosa reiteración de su testimonio ante la Comisión Extraor-

dinaria del Gobierno Provisional. En 1923, Vyrubova escribió y publicó sus memorias. Quiso utilizar su nombre de soltera, Taneeva, para ocultar su identidad, pero sus editores prefirieron Vyrubova. No encontré ningún borrador de las memorias en su archivo.

En Finlandia se hizo monja, aunque en secreto, es decir, podía vivir en su casa en vez de hacerlo en el convento (era coja de una pierna y su condición de inválida se tuvo en cuenta). Me puse en contacto con el convento en el que tomó los hábitos en secreto, pero allí no había nada. Vyrubova vivió completamente sola, casi sin ver a nadie. Incluso se me ocurrió que pudo haber hecho una especie de voto de silencio. Pero resultó no ser así. Encontrándose en extrema necesidad de dinero en 1937, firmó un contrato con un editor finlandés para una nueva edición de sus memorias. Pero el estallido de la segunda guerra mundial la sorprendió en plena escritura. La primera guerra mundial destruyó su imperio y su vida, y ahora la segunda acababa con sus esperanzas de obtener algunos ingresos. Unas memorias sobre el zar y la zarina rusos combatiendo contra Alemania no eran precisamente lo que se necesitaba en una Finlandia aliada de los alemanes. Después de la guerra, cuando el sóviet NKVD empezó a introducirse en Finlandia y los emigrados fueron abiertamente deportados a la URSS, probablemente la amiga de la zarina tuvo miedo de recordar su existencia a la gente. Sólo en 1953, año en que murió Stalin, hizo entrega de su libro, ya terminado, al editor finlandés. Pero no se publicó; al parecer consideraron que el manuscrito no añadía gran cosa a las ediciones anteriores. Más tarde, a principios de los ochenta, revolviendo los papeles del editor tras su muerte, su hija descubrió un sobre que contenía fotografías. En él estaba escrito: «Fotos de Anya Vyrubova con su autógrafo en el reverso». Encontró también el manuscrito de las memorias de Vyrubova. El libro fue editado en 1984. La edición pasó desapercibida, ya que no contenía ninguna novedad.

Cuando leí aquellas memorias preparadas para su publicación, en Finlandia, tuve la certeza de que Vyrubova no se había llevado consigo nada nuevo de Rusia.

A diferencia de su prudente amiga, la zarina (afortunadamente para nosotros), no fue capaz de quemar muchas de sus cartas en las que expresaba su imperecedero amor por Nicky. Casi toda la correspondencia que intercambió con Nicolás ha sobrevivido. Y en ella hay interminables

referencias a Nuestro Amigo. Si hemos de juzgar las relaciones de Rasputín con la familia real antes de 1914 basándonos eminentemente en el testimonio de otros testigos, también desde el primer día de la guerra el zar y la zarina comenzaron a hablar ellos mismos de aquellas relaciones. No obstante, hubo otra fuente que me ayudó a comentar aquellas cartas: Olga, la hermana menor de Nicolás II.

### LA ÚLTIMA DE LA FAMILIA REINANTE

A los pocos periodistas que la visitaron en aquellos años les resultaba difícil creer que la propietaria de aquella casita escondida en Canadá; la mujer de escasa estatura vestida con una anticuada falda negra, un jersey raído y sólidos zapatos marrones, hubiera poseído palacios, siendo atendida por docenas de sirvientes. Sobrevivió hasta 1960 consiguiendo superar la barrera de la mitad del siglo. Su funeral en la catedral ortodoxa de Toronto reunió a lo que quedaba de la primera emigración rusa. En las diminutas habitaciones de la casa se conservaban algunos muebles antiguos; aunque, el único objeto que verdaderamente recordaba el pasado era el enorme retrato de Alejandro III sobre la chimenea.

Olga, la hermana de Nicolás, y la hija menor de Alejandro III, era el último miembro superviviente de su inmensa familia. Su memoria fue portentosa hasta el momento de su muerte, asombrando sobremanera al periodista que transcribió sus memorias. Al preparar el programa sobre Rasputín, utilicé aquellas memorias que ella dictó al tenaz periodista; otra voz más de la para siempre desaparecida Corte del palacio de Invierno.

### LA RESURRECCIÓN DE RASPÚTÍN EN LA NUEVA RUSIA

Seguía sin encontrar el Expediente. Por otro lado, en la década de 1990 fueron rescatados del olvido documentos concernientes a Rasputín y procedentes de los archivos de Tobolsk y Tiumén. Allí se encuentran también los registros de nacimiento de la Iglesia de la Madre de Dios, gracias a los cuales ha sido posible establecer la fecha precisa del nacimiento de Rasputín. En el archivo de Tiumén está también el «Ex-

pediente del Consistorio Eclesiástico de Tobolsk con relación a la Afiliación de Grigori Rasputín a los jlisti», que se suponía perdido, y el «Expediente relativo al atentado contra la vida de Grigori Rasputín».

Estoy muy agradecido a ambos archivos, que me proporcionaron abundantes fotocopias de los preciosos documentos sobre Rasputín que obraban en su poder.

Últimamente Grigori Rasputín ha gozado de una especie de resurrección en Rusia, e incluso se ha convertido en parte esencial de un recuperado sentimiento nacional o, más exactamente, de una ideología nacionalista. En realidad, nos encontramos ante otra de las bromas de la Historia: el hombre al que los monárquicos rusos vieron como el destructor de la autocracia se ha convertido en el adalid de las nuevas ideas autocráticas.

De hecho, el propio personaje —o, mejor dicho, sus escritos— ha desempeñado un considerable papel en su resurrección. Después de la *Perestroika*, sus escritos volvieron a estar al alcance de todos, y causaron una tremenda impresión. En un país en el que la ignorancia de la Biblia era universal, sus olvidados refranes bíblicos y el lenguaje primario del pueblo resultaban seductores.

El nuevo interés por Rasputín deriva de la impresión, justificada, de que la imagen que a lo largo del siglo xx se creó de él es poco más que una leyenda política. El testimonio publicado por Schyogolev en sus *Actas de la Comisión Extraordinaria* era básicamente el de los enemigos de Rasputín: y contenía muchas incongruencias.

Pero todo lo que la nueva investigación ha aportado es una leyenda política opuesta. El «sagrado diablo» Grigori se ha convertido en el sagrado anciano Grigori. Los mitos rusos sobre diablos y santos. ¡Cuántos ha habido en el siglo xx! El sangriento Nicolás II y luego Nicolás el santo, el padre y maestro Stalin y luego el sanguinario monstruo Stalin, el santo Lenin y luego el maldito Lenin. La culminación de las recientes investigaciones acerca de Rasputín es el cuento favorito de los nacionalistas sobre los malvados «judeomasones». «En esencia, fueron los masones los que crearon el mito de Rasputín, un mito cuya finalidad era mancillar y desacreditar Rusia y sus principios espirituales» (Oleg Platonov, *La corona de espinos de Rusia*).

A la Historia le encanta bromear. El hecho es que, antes de la Revolución e inmediatamente después, los nacionalistas de la época acusa-

ron a Rasputín de ser un agente de los masones. Sostenían que «las fuerzas oscuras» de la masonería habían decidido explotar su influencia sobre el zar y la zarina para sus propósitos. Rasputín fue acusado de ser un «siervo judío rodeado de secretarios judíos». Pero mucho más divertidas son las nuevas burlas de la Historia en la Rusia actual. El historiador N. Koslov asegura que el asesinato de Rasputín fue un asesinato «ritual». ¡Ahora resulta que Rasputín fue asesinado por judíos que manipulaban y controlaban a los masones!

De este modo ha surgido un nuevo mito sobre el zar y el campesino Rasputín como depositarios de las inmemoriales ideas rusas de ortodoxia y autocracia, como hombres convertidos en objeto de persecución por parte de los masones que pretendían que Rusia mirase a Occidente. Todo esto se ha convertido en algo sumamente aburrido, simplista y vulgar.

Después de todo, pueden hacer toda clase de reivindicaciones; pueden desechar los informes de los agentes secretos de la policía zarista sobre Rasputín tildándolos de mentiras; declarar que Rasputín nunca se emborrachó, que nunca se dejó arrastrar por la lujuria y que fue un verdadero buen cristiano calumniado por sus enemigos, pues no había testimonio algunos de sus amigos. El Expediente todavía seguía desaparecido. Tenía que encontrarlo.

## EL EXPEDIENTE

Mientras me preparaba para mi programa de televisión sobre el asesinato de Rasputín, decidí echar un vistazo al archivo de la familia Yusúpov.

El archivo ha sido torpemente dividido en dos partes. El principal archivo Yusúpov se encuentra en el Archivo Estatal Ruso para Documentos Antiguos (RGADA). El archivo RGADA contiene la historia de las incalculables riquezas de la antigua familia. Descendientes de gobernantes tártaros que entraron al servicio de los zares moscovitas, a lo largo de tres siglos los Yusúpov se convirtieron en terratenientes acaudalados; el futuro asesino de Rasputín poseía miles de hectáreas de tierra. En el siglo XIX los Yusúpov serían los más poderosos industriales. En 1914, sus ingresos ascendían a 1,5 millones de rublos de oro al año. La familia más rica de Rusia.

La parte más pequeña del archivo Yusúpov se conserva en el Museo de Historia. Encontré en los dos depósitos tanto la correspondencia inédita de Félix Yusúpov (el asesino de Rasputín) y su esposa, Irina, así como las cartas escritas a Félix por su madre, la bella Zinaída, una de las principales enemigas de Rasputín. Las cartas revelan cómo se gestó el complot para asesinar al anciano y arrojan una nueva luz sobre el asesinato en sí y el secreto de la relación entre Félix y María Golóvina, una de las admiradoras de Rasputín.

El propio Palacio Yusúpov está lleno de secretos. Aún hoy en día se descubren extraños aposentos que no figuran en ningún plano del edificio. Secretos y cadáveres constituyen de hecho una tradición en la familia Yusúpov. La bisabuela de Félix Yusúpov fue una de las mujeres más hermosas de Europa. Después de la Revolución, los bolcheviques descubrieron una puerta secreta en sus dependencias. Detrás de la puerta encontraron un ataúd con el cuerpo corrupto de un hombre. Su bisnieto Félix contó una historia acerca de un peligroso revolucionario amante suyo que fue encarcelado en la fortaleza de Sveaborg y cuya fuga urdió ella misma. Al parecer, lo mantuvo oculto en su palacio hasta su muerte.

En 1925, en Moscú se observó que el yeso que cubría la parte inferior de la escalera principal del palacio Yusúpov —del siglo XVII— tenía un tono distinto al de las paredes adyacentes. Los investigadores hicieron un agujero que descubrió una cámara en la que encontraron siete cofres. Aparentemente habían sido colocados allí a toda prisa y de cualquier manera por los propietarios en su huida del país. De este modo se descubrieron la plata, los diamantes, las perlas y las esmeraldas de la familia Yusúpov, así como otros documentos que posteriormente pasaron a engrosar el archivo Yusúpov.

El día que fui ver el palacio Yusúpov resultó extrañamente inquietante.

Aquella mañana, el príncipe Miguel, duque de Kent, que entonces estaba visitando Petersburgo, me invitó a comer. Descendiente del rey Jorge V, aquel doble de Nicolás II, el príncipe Miguel guarda un asombro parecido con el último zar ruso en sus rasgos y especialmente en sus ojos: ojos claros con la misma expresión tierna y triste descrita en las innumerables memorias de Nicolás. Tras el encuentro con el pariente con el rostro del último zar, me fui a grabar en vídeo el palacio donde fue asesinado el hombre que destruyó al zar.

Todo se había conservado tal cual: descendí por la misma escalinata desde la que el gran duque Dimitri Pávlovich y los demás conspiradores escucharon nerviosos las noticias de lo que estaba sucediendo en el sótano.

Salí al patio por la misma puerta por la que el ensangrentado Rasputín huyó intentando ponerse a salvo. Luego volví al sótano, que Félix había transformado en una elegante sala. Aquí estuvieron sentados justo antes del asesinato. Ahora, dos ridículas figuras de cera representan a Félix y a Rasputín. La puerta de entrada al sótano se cerró y me quedé solo. Tuve la extraña sensación de haber visto antes aquel lugar: el reducido espacio, las ventanas ligeramente elevadas sobre el suelo, a través de las cuales tan sólo podían verse las piernas de los que por allí pasaban, las paredes macizas que amortiguaban cualquier sonido. Era una copia del sótano de la Casa Ipatiev, donde fuera ejecutada la familia real.

Al día siguiente regresé a Moscú. Se celebraba el estreno de *Jovanchina* en el Teatro Bolshói y mi amigo Slava Rostrópovich, que dirigía la ópera, me había invitado. Contemplaba la escena y los trajes de la época del reino de Moscovia, los mismos trajes que a Nicolás y Alejandra les gustaba vestir en sus bailes «históricos». Lo que veía me parecía una continuación del día anterior.

Y en efecto lo era.

Después de la ópera, fui a felicitar a Rostrópovich en el camerino abarrotado de gente. Me dijo: «¡Qué regalo te he preparado! ¡Te volverás loco! ¡Te vas a morir! ¡Tienes que venir a verme a París inmediatamente! ¡Lo tengo allí!». Guardé silencio, pero ya sabía lo que venía a continuación. Luego añadió: «Compré unos documentos para ti en una subasta de Sotheby. Es un archivo completo, enorme. ¿Sabes de qué trata?». Lo sabía. Y terminó: «Es sobre Rasputín. Son los interrogatorios de la Comisión del Gobierno Provisional a las innumerables personas que le conocieron».

El día más largo de mi vida había terminado.

En el apartamento de Rostrópovich de París, en su salón engalanado con las cortinas del palacio de Invierno que lucen el escudo de armas de los zares, y en cuyo centro se erguía un caballete con un retrato de Nicolás con aquellos mismos ojos de lapislázuli, indescritiblemente tristes, pintado por el gran retratista Valentin Serov, mi amigo sacó un enorme volumen. El testimonio de Filipov, editor de Rasputín, de Sazonov, de

María Golóvina y de muchos más. Era el Expediente, la fuente de las declaraciones citadas por Simpson.

¡El Expediente que llevaba buscando durante tanto tiempo!

### UNA BREVE DESCRIPCIÓN DEL EXPEDIENTE

La cubierta llevaba la inscripción «La Comisión Extraordinaria de Inspección para la Investigación de Actos Ilegales por parte de los Ministros y Otras Personas Responsables». En su interior había casi quinientas páginas de documentos con los impresos y el sello de la Comisión. Todas las transcripciones de los interrogatorios estaban firmadas por las personas que habían sido interrogadas: Vyrubova; el gendarme (jefe de la Policía política) Vladimir Dzhunkovsky, el coronel Komissarov, el doctor en medicina tibetana Badmaev; el ministro de Interior Jvostóv, el jefe de la Policía secreta de Moscú, Martynov, y así sucesivamente. Como si las celdas de los detenidos en la fortaleza de Pedro y Pablo, en marzo de 1917, hubiesen cobrado vida de nuevo. También figuraban las firmas de los famosos instructores de la Sección Decimotercera que llevaron a cabo los interrogatorios: T. y V. Rudnév y G. Girchich.

¡Qué lectura tan apasionante! El Expediente contenía la impresionante declaración del obispo Feofán, el famoso jerarca de la iglesia y asceta a través del cual, como a menudo se había afirmado antes del Expediente, accedió Rasputín a la familia real. También había declaraciones de monjes de remotos monasterios siberianos y del monasterio de Verjoturie donde comenzó la transformación de Rasputín; y, por último, las declaraciones tan importantes y deseadas para mí: las de aquellos que habían apreciado y valorado especialmente a Rasputín.

### UNA FOTOGRAFÍA QUE COBRA VIDA

Hay una famosa fotografía de Rasputín que aparece en todas sus biografías. En ella se ve a Rasputín rodeado por unas dieciocho mujeres y unos pocos hombres: se titula tácitamente: «Rasputín rodeado por sus devotos».

Ahora las declaraciones del Expediente permiten por primera vez identificar a todos los componentes de la foto. Y no sólo esto. En el Expediente figura el testimonio directo sobre Rasputín de varios de los presentes en el retrato. De modo que en las páginas de este libro la famosa fotografía cobrará vida y los que frecuentaron a Rasputín casi a diario empezarán a hablar.

Por otro lado, el Expediente contenía las declaraciones de personas sin las cuales hubiera sido imposible escribir una biografía imparcial de Rasputín. La primera de ellas es Alexei Filipov, «editor y sincero admirador de Rasputín», como suele ser definido por quienes se adhieren a las nuevas leyendas del «santo Rasputín». Filipov no era simplemente un «admirador», sino un fiero defensor de Rasputín. En sus revelaciones, el editor (y, añadiría, acaudalado banquero) debido a sus hábitos literarios ofreció al instructor descripciones minuciosas, desde la psicología y vida sexual de Rasputín, hasta su cuerpo, incluidos los órganos reproductores que tanto preocupaban a la sociedad de Petersburgo en aquella época. El Expediente también incluye el testimonio de Gueorgy Petrovich Sazonov, otro «ardiente admirador de Rasputín», tal como lo definen los nuevos devotos del anciano. Asimismo figura el testimonio del amigo de Rasputín y uno de los más misteriosos personajes de Petersburgo, el curandero asiático Badmaev, que trataba a los más importantes dignatarios zaristas con hierbas tibetanas. Por último, el Expediente contiene la declaración de un grupo de damas sospechosas de haber mantenido relaciones íntimas con Rasputín: la joven baronesa Kúsova, la cantante Varvarova, la joven viuda Voskoboínikova, y las prostitutas Tregúbova y Sheila Lunts.

Además de todo esto, aparecen varios interrogatorios exhaustivos de las devotas de Rasputín, María Golóvina y Olga Lokhtina, esta última harto conocida en la sociedad de Petersburgo y cuya relación con Rasputín la convirtió en una santona chiflada (*yurodivaya*); la amiga de la zarina, Yulia («Lili») Dehn; y así sucesivamente. Muchos de los interrogatorios fueron transcritos de puño y letra por los mismos investigadores (en el Archivo de la Federación Rusa se encuentran ejemplares de su caligrafía, así como muestras de la escritura de muchos de los que fueron sometidos a interrogatorio y que firmaron los documentos). Por consiguiente, no resultó difícil establecer la autenticidad de los documentos.

Por otra parte, el Expediente me permitió confirmar la legitimidad de las sorprendentes memorias de Zhukovskaya. Encontré la detallada declaración del propio Alexander Prugavin, en la que este experto en secretismo ruso corroboraba lo que Zhukovskaya escribió acerca de que había conocido a Rasputín a través de Prugavin y de la visita de Prugavin a Rasputín con ella. Así quedaban confirmadas sus historias acerca de que Rasputín permitió a Prugavin escribir su relato. Además, según Prugavin, fue el «erotismo de Zhukovskaya» lo que la indujo a tratar de comprender en toda su extensión la enigmática doctrina del «anciano». Así pues, sabía perfectamente acerca de lo que estaba escribiendo.

Finalmente, aparece en el Expediente una reflexión del primer amigo de Rasputín y que más tarde se convirtió en su enemigo, el monje Iliodor, que publicó en el extranjero un famoso libro sobre Rasputín, *Un diablo sagrado*, considerado un mero pasquín que no merece atención alguna, aunque en el Expediente la Comisión Extraordinaria hace preguntas acerca del libro a las personas que aparecen mencionadas en él. Iliodor contaba en gran parte la verdad, que realmente estaba en posesión de las cartas de la emperatriz y de sus hijas y que las citaba con exactitud. También tenía el diario de Olga Lojtina, cosa que ella misma confirma en el Expediente. Después de familiarizarse con el libro de Iliodor, tanto Lojtina como el obispo Feofan no hicieron más que algunas observaciones privadas. Por lo tanto, Iliodor no debería descartarse como fuente.

### UNA CASA RESCATADA DEL OLVIDO

Cuando comencé a escribir este libro, recibí el último grupo de documentos inéditos sobre Rasputín, procedente de los archivos siberianos. Entre estos papeles había un inventario de las propiedades pertenecientes a Rasputín, realizado inmediatamente después de su asesinato. Incluía una detallada descripción de la legendaria casa de Pokróvskoie. Ahora también yo conocía cada silla de su casa y cada vaso de su mesa: la «decoración de ciudad» pequeñoburguesa de las habitaciones de arriba donde sus devotos de Petersburgo se alojaban, y el anticuado y chapucero estilo campesino que predominaba en la planta baja.

Ahora podía ver lo que él vio; oía su forma de hablar, que perduraba detrás de sus escritos. Ahora Rasputín estaba vivo. Podía empezar. ¿Sería el mío un retrato nuevo? No lo sabía. Pero sí advertía que sería un retrato justo: la garantía de ello residía en la participación de los que le quisieron.

Este libro es la conclusión de la investigación sobre aquel misterioso personaje, iniciada por el Gobierno Provisional en 1917. Una indagación única acerca de Rasputín en la que los únicos testimonios permitidos han sido los de quienes le conocieron de verdad.

Pero lo más importante es que aquí se oirán las voces de aquellos cuyas declaraciones inéditas figuran en el Expediente.

Cuando estaba terminando el libro sobre el último zar, escribí impulsivamente: «Éste es un libro que nunca terminaré». Una vez más, toda aquella multitud de antiguos conocidos ha irrumpido en mi vida, he vuelto a ver aquella misma noche en mis sueños. Aquella escena final, en un sucio sótano, de la historia de un imperio de trescientos años: el zar cae de espaldas; dos de las hijas agazapadas junto a la pared se cubren con las manos para protegerse de las balas, y el comandante Yurovsky se adentra en el humo de la pólvora para terminar con el chico que se arrastra a través de la estancia. Sólo ahora veo a un hombre barbudo aparecer entre el humo. Aquel que tanto hizo para provocar aquella escena en el sótano. Y que sabía que acabaría ocurriendo.